

Al rescate de las ánimas del metro

CÉSAR ARÍSTIDES

Alejado de las pretensiones sociológicas, filosóficas y hasta de las pedantemente llamadas reflexiones apocalípticas al finalizar el milenio; preocupado, sin duda, por descubrir en gestos, actitudes, palabras robadas y miradas entre la seducción y la desconfianza, una fabulación sorprendente, un destino enigmático, los avatares del amor, el reflejo de la sensualidad, Mario Enrique Figueroa encuentra en el metro un santuario o un desfile de imprevistas modas, un escenario para escuchar música o el foro para la denuncia de imposturas políticas. Como otros escritores encuentran en el mercado, el burdel, los parques o las oficinas sus territorios propicios para desatar a sus monstruos o voluptuosos ángeles, con nuestro autor descendemos al corazón de la tierra, pero no a los infiernos —bueno, casi—, y no es necesario buscar con afán súcubos, ondinas, hechiceros; lo que se debe hacer es enfrentar a múltiples personalidades con virtudes y pecados fundidos en abrazos, apretujones, manoseos y jalones; todos estos hombres y mujeres dan forma a una siniestra comunidad que habita la Torre de Babel enterrada, disfrazada de Sistema de Transporte Colectivo.

Uno de los rasgos que más llaman nuestra atención en los relatos de *Historias del metro y otros viajes* es la exacta, esmerada observación del escritor ante las cotidianidades; publicados por vez primera en forma de artículos literarios en la afamada revista mensual *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, Figueroa acude al metro en el sentido más exigente del término para extraer piezas dilectas que le permitan armar sus historias, rendir homenaje a la idealización, descifrar la violencia. Tampoco pretendo enaltecer de manera gratuita sus obsesiones —bien advirtió J. Moreno Villa, en uno de sus artículos que componen *Pobretería y locura* (Leyenda, 1945),



sobre los trastornos o la hilaridad de quienes sufren y aprecian el Metro, el suyo de Madrid en 1935, por señalar tan sólo una mustia referencia de escritores que han servídose del metro. Los pasajeros que nosotros descubrimos en la ciudad más grande del mundo, en problemas y locuras, esperanzas y contradicciones, son ancianos que confiesan sus culpas estación tras estación como en un agitado rosario, se lamentan y ante el traqueteo de los vagones musitan sus aflicciones; mujeres adolescentes que nos dejan escuchar aventuras llenas de gracia y lujuria, padecimientos que producen el desamor o las virtudes de su intimidad; no falta el niño ciego que puede ser un iluminado o una criatura desgraciada, el robusto hombre, lector de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, convertido por azares del viaje en el fundador de Utopía.

El autor desmenuza criterios y personalidades; el espacio cerrado, comúnmente hostil, de un vagón repleto de usuarios le sirve de fórmula para exponer una corte de milagros lúdica digna de mágicos subsuelos, que transmite con rigor y eficacia los perfiles de los portadores de la nostalgia, como la eterna mujer que aguarda bajo el reloj del andén, el músico descubierto como una piedra rodante maltratadísima, aunque la amargura nos insista en que en verdad es el cantante, no la canción. Pero el recorrido nos sorprende con sonorida-

des: no aquellas de los trovadores del caos concentrados en trenes; y singulares fragancias: nunca las de la atractiva señorita que se dirige deslumbrante a su trabajo o el párvulo que dormita rumbo a la escuela. No. Las trompetas y olores se deben a siniestros flatos, dichosos en la ley fuga de los cuerpos sudorosos.

Cierran el libro los homenajes a los poetas Alí Chumacero y Jaime Sabines, y un par de narraciones dedicadas al fútbol. En ellas se conjugan la esperanza de un niño de convertirse en excelente jugador y los recuerdos de un pobre viejo que soporta sus achaques físicos mientras rememora modestas glorias deportivas; y caso excepcional en la narrativa mexicana que tiene en el deporte más popular del mundo un elemento ideal para desarrollar sus historias: la descripción taciturna de las habilidades de una muchacha con el balón, dueña además de un cuerpo cachondo, muy sugerente, y un carácter en el que destaca una lealtad desinteresada.

Nuestro recorrido nos depara estampas memorables, reflexiones acerca de las prisas y complicaciones que pasamos día con día, desde pequeños malestares físicos, sociales o emotivos, hasta los actos que nos conmueven. Aparentemente sin preocuparse por el destino de quienes atrapó con su pluma, Mario Enrique Figueroa ofrece un volumen que nos seduce desde las primeras páginas —sin que esto sea un lugar común— y nos lleva por todos sus viajes sin el riesgo de resacas o mareos: en ocasiones sonreímos en franca complicidad y en otras nos envuelve la tristeza sin hacer dramas exagerados. *Historias del metro y otros viajes* se manifiesta con una escritura pulcra, una adjetivación medida y un ritmo acertadamente sostenido sin llegar a desbocarse, o, con una expresión más a tono con nuestros menesteres, sin descarriarse. Llegamos sin contratiempos a un paradero literario —antiguamente terminal narrativa— donde la escondida tragedia y la celebración conviven con singular destreza en la escritura. ♦

Mario Enrique Figueroa: *Historias del metro y otros viajes*, Selector (Col. Aura), México, 1977. 142 pp.